

DaBAR



Ciclo_C

nº 23

13 de abril de 2025
Domingo de Ramos

Año LI

Una vez más queremos agradecer la confianza que depositáis en nuestro trabajo al seguirnos cada semana y utilizar nuestros materiales, pero queremos recordaros que necesitamos de vuestra aportación económica para seguir adelante con este proyecto. Si puedes y quieres puedes apoyarnos con cualquier pequeña donación en nuestro número de cuenta IBAN ES78 2100 54413902 0007 9585.





Índice

Primera Página

Exégesis

Notas para la Homilía

Para la oración

La misa de hoy

Cantos

Dios habla



Primera Página

Los frutos de la ramita de olivo

La liturgia del domingo de ramos introduce la semana santa. Cristo hoy en esta semana de pasión, pretende ser reconocido como rey en su debilidad desarmada, en su aceptación a la persecución, en su no oponer resistencia a la violencia, a las torturas brutales, a las humillaciones que le infligen los enemigos. Jesús pide ser adorado como Hijo de Dios en su condición de siervo.

La semana de pasión te fija la cita para el “día después” y luego para el siguiente, y así sucesivamente. Mañana será cuestión de estar presente, sino de comprometerse, de decidirse.

El no hace reclutamiento en la plaza, va a tu casa.

“Encontraréis un borrico atado, que nadie ha montado todavía. Desatadlo y traedlo”.

Esta vez viene él personalmente, pero no necesita tu borrico, ni tu coche ni ninguna otra cosa, te necesita a ti. Quiere soltarte de tu miedo a comprometerte, a ponerte de su parte abiertamente en los momentos difíciles, en tu indecisión, en tu duda para ser un buen cristiano.

Ten cuenta que nos parece irreconocible: “Se despojó de su rango, y tomó la condición de esclavo...” “Ofrecí la espalda a los que me golpeaban... No oculté el rostro a insultos y salvazos” A este rey es el que hemos de escoger “el día después”.

El “día después” se disuelve el cortejo, porque en vez de alfombras y ramos, por el camino corre la sangre y al fondo destaca el patíbulo de los malhechores.

Y hay una responsabilidad en esa ramita que te entregan en la iglesia este domingo y

que has colocado en casa, no debes permitir que se caigan las hojas secas, esta rama tiene que permanecer verde y dar fruto, constituye un compromiso preciso. La rama de olivo también es un compromiso de paz, lo mismo que el pan, también la paz se gana cada día con el sudor de tu frente. La paz hay que ofrecerla a los demás, rompiendo con ternura la costra endurecida de los egoísmos, ofreciendo el perdón, recomponiendo la unidad rota, amando a los que no se lo merecen, saludando a los que manifiestan indiferencia, respetando a los que no piensan como tú. Es bastante comprometida esa ramita de olivo ¿no? Por otra parte, ha crecido un tronco “atormentado”... y cuánta fuerza hace falta para no dejarlo secar, es más, para obligarle a dar los frutos esperados.

Si la semana santa ha comenzado “el día después”. No te asustes, “el día después” ya puede realizarse la resurrección, basta no perder de vista esa ramita que te anticipa uno de los frutos más preciosos de la pascua del Señor.

En esas páginas del evangelio de la pasión, estamos también nosotros, se señalan las actitudes que asumimos, sería importante dedicar un poco de tiempo a este ejercicio, tanto para el episodio de la entrada en Jerusalén, como en todo el relato de la pasión, hemos de intentar reconocernos, veamos dónde estamos situados, cuál es la función, y el comportamiento que adoptamos, con qué persona nos identificamos. Cualquier situación de nuestra vida nos vale, cualquier pobre víctima Cristo, víctima de la injusticia, de la soledad, de la traición.

Susi Cruz
susi@dabar.es

Exégesis...

...un análisis riguroso

Primera Lectura

Tercer canto del siervo (50, 4-9). Las cuatro proposiciones que tienen por sujeto al Señor («mi Señor me...» vs. 4.5.7.9) dan unidad al poema. La persona y ministerio del siervo están interpretados proféticamente vocación y misión, sufrimientos que acarrea su tarea, así como su total confianza en Dios.

Como profeta, el siervo escucha y predica el mensaje divino, pero es imposible llevar a cabo esta misión sin que el Señor le dé «una lengua de iniciado» o le abra el oído para entender (vs. 4-5, la misión siempre dimana de la vocación); está convencido de que es Dios quien ha hecho esta maravilla. El mensaje que proclama no es de denuncia, sino de esperanza. Su palabra se dirige a hombres de carne y hueso con su problemática específica y concreta; los profetas pre exílicos anunciaron el castigo a gente sin conciencia que se hablan enriquecido a costa del pobre, pero la situación actual del pueblo es totalmente diversa la larga espera del destierro ha provocado la desesperación (40, 27), y al abatido es necesario reanimarle, dirigirle una palabra de consuelo, de esperanza en Dios (v. 4a; cfr. 40, 28 ss.).

A la vocación o invitación el siervo responde con prontitud (rebelión de Moisés y Jeremías Ex 3; Is 1...); la vocación no elimina la propia personalidad. Sabe que su tarea es amarga y así lo confiesa en este relato, semejante a las confesiones de Jeremías. Intenta suscitar esperanza y sólo percibe pesimismo y escepticismo en el pueblo por la tardanza de la liberación. Como Ezequiel (2, 8) abre su boca para comer el mensaje divino, pero éste no es dulce, sino que le acarrea un gran dolor le apalean, le mesan la barba (v. 6; en el AT son signos inequívocos de ultraje y desprecio 2 Sm 10, 4 ss.).

El siervo acepta los ultrajes y los afronta con decisión, sin ánimos de venganza; al insulto responde con fría calma (v. 6) y es tan testarudo en hacer el bien como los malvados en su maldad. Está convencido de que su vida no es un camino de rosas, cree con firmeza que el Señor está a su lado (le nombra insistentemente vs. 4.5.7.9). Espera contra toda esperanza sabiendo que al final el triunfo es suyo.

El que «dice al abatido una palabra de consuelo» es un incomprendido. Y, en consecuencia, acepta su misión entregando su espalda a los que le flagelan.

· Reflexiones. Esta fue la suerte del siervo y también la de Jesús. Transmitió el mensaje de su Padre, dio respiro, esperanza... a los agobiados y maltrechos (Mt 11, 28), y acabó recibiendo ultrajes le mesaron la barba, le flagelaron... Y Jesús afrontó, sin vengarse, su pasión entregando sus espaldas a los que le apaleaban (Mc 15, 19). También él es sabedor de que su Padre le hará justicia En 8, 29.50).



¿Es así también nuestra actuación en el gran teatro de la vida? Muchas veces nuestras palabras en lugar de consolar sólo sirven para abatir y herir, y ante la primera dificultad o incompreensión nos revolvemos como víboras. Nos queda mucho por aprender de esta figura del siervo y de Jesús.

Equipo Dabar
dabar@dabar.es

Segunda Lectura

Pablo habla del peligro que supone romper la armonía en la comunidad. La rivalidad y el egoísmo son muy peligrosos. La humildad y el servicio son propuestos por Pablo como camino a seguir (vv. 1-4).

Y propone a Cristo como el ejemplo más elevado para los filipenses (v. 5). Sigue el pasaje con los vv. 6-11 que, por la solemnidad del lenguaje y su construcción poética, parece parte de un himno. En él, además de los sentimientos de Cristo, ejemplo para todo cristiano, se presenta la obra de la salvación, cumplida por Cristo en varias etapas. Así, más que ético, este himno es cristológico y de salvación.

Este himno, incluido en este pasaje, se discute entre los especialistas si lo escribió Pablo o si ya existía en una antigua liturgia y Pablo lo incluyó en la carta a los Filipenses.

El himno comienza presentado a Cristo como “de condición divina”, es decir, es igual a Dios, tiene la dignidad divina que lleva su naturaleza preexistente. Deja claro que Cristo no es igual a Dios porque lo haya conquistado, sino que es su propia naturaleza. Pero se despoja de su gloria (literalmente: “se vació”) que le era propia, tomando la forma de esclavo. Aquí “esclavo” no tiene sentido social, sino que en Jesús designa al hombre en su bajeza y absoluta dependencia, en contraste con la gloria y dominio universal de Dios. No es que Cristo renuncie al ser divino (imposible, porque Dios no puede dejar de ser Dios), sino que adopta una forma de existencia más humilde que aún no poseía. Quiso llevar una vida externamente igual a los demás hombres y serlo en realidad (vv. 6-7).

Su camino, que comenzó en la encarnación, acabó en “una muerte de cruz”. Escogió, hecho hombre, el camino de la obediencia a la voluntad de otros, tuvo que hacer frente al desprecio, odio, injusticia, delito y acabó con la muerte en cruz, muerte de esclavos. Y todo lo hizo libremente. Pablo quiere subrayar que Cristo se hizo obediente (v. 8).

Pero Dios lo sacó del abismo y lo exaltó (más concretamente el texto griego viene a decir “lo superexaltó”). La “exaltación” presupone la resurrección y la ascensión, aunque el himno no hace mención expresa de ellas, sino que resalta el contraste entre humillación y exaltación (que viene a ser lo mismo que muerte y resurrección, sólo que dicho de otra manera). Y se le da a Cristo un nombre que está por encima de todo nombre, es decir, una posición y dignidad superior al resto de los seres. Y el hecho de que toda rodilla se doble “en el nombre de Jesús”, constituye un reconocimiento de su obra salvadora (vv. 9-10).

Y en el último versículo se da a conocer el nombre en una aclamación que forma parte de una fórmula de adoración que comienza con las palabras tomadas de Is 45,23 (“y toda lengua proclame”). Aparecen los términos “Señor” “Jesús” y “Cristo” con valor de títulos de dignidad. Termina Pablo con las palabras “para gloria de Dios Padre. La gloria de Dios es el fin de toda la historia de la salvación.

Rafael Fleta
rafa@dabar.es

Evangelio (de la procesión; Lc 19, 28-40)

Contexto

Jesús sube a Jerusalén, por fin. Estamos ya en las cercanías de lo que Lucas viene anunciando desde el capítulo 9. Subida, porque partía desde la depresión del Jordán, a unos 200 metros por



debajo del nivel del mar y asciende hasta Jerusalén a 760 sobre él, un trayecto de unas 6 horas, tan solo 3 km. Jerusalén es el escenario por excelencia del Evangelio, donde confluye toda la historia, de donde parte toda la historia de la salvación. Jesús está enfrente de la entrada de Jerusalén por el Este, frente al Templo, solo el valle Cedrón le separa de él. Los discípulos encargados de la preparar la cena eran Pedro y Juan (22,8), seguramente, estos fuesen los encargados de ir a por el borrico

Texto

La entrada de un rey difiere mucho de lo que vemos aquí, pero cumple todos los requisitos que había predicho el Antiguo Testamento. Jesús, al frente de una comitiva, prepara su entrada, siguiendo los parámetros de Zacarías 9, 9-10. Atravesando los lugares cargados de referencias mesiánicas (Betfagé, Betania, el monte de los Olivos). Según Zac 9, 9 debía entrar en un burro, también cumplía las profecías de Daniel (9, 26 s.).

Así, la entrada del Mesías comienza cuando envió a los dos de los discípulos, seguramente Pedro y Juan (cfr. 22, 8), a la aldea de enfrente, seguramente Betfagé, haciendo una demostración de la omnisciencia de Jesús, al decirles todo lo que iban a encontrarse allí, tal y como sucedió (cfr. Mc 11, 6).

Al montar el pollino, Jesús cumple con la tradición davídica (cfr. 1Re 1, 38.44; 1, 32-40), pero también cumple con la profecía veterotestamentaria recogida en Mt 21, 4-5 (Is, Zac). Jesús no llegaría como un conquistador en un caballo blanco, como ocurrirá en su segunda venida para juzgar y reinar, sino que llega en la humildad de un burro, para entregar su vida por la salvación de los hombres (Mc 10, 45).

La descripción de la entrada propiamente dicha, la encontramos en los vv. 36-38. Comenzó con los mantos antes de cruzar las puertas, expresando el deseo del pueblo de someterse a Él (cfr. 2Re 9, 13), poniéndose simbólicamente a sus pies como rey.

Ante la visión de la Ciudad Santa, encarando la bajada del monte de los Olivos, la gente comienza a exaltarse y alaban las grandezas que le han visto llevar a cabo, enumerando los numerosos milagros que ha realizado durante su ministerio. Los habitantes de la ciudad, ante el griterío, acuden a la puerta de la ciudad, y una nueva multitud se une a la comitiva que llegaba de Betania, formando una auténtica muchedumbre.

A las mantas, se suman las capas en el recorrido y, algunos comienzan a cortar ramas de palmas para unir las al "asfaltado" del camino. Estas representan el gozo, la victoria y la alegría, como se relata en el libro de los Macabeos cuando se reconquistó Jerusalén a los sirios (cfr. 1Mac 13, 51, 2Mac 10, 7). El pueblo comienza a demostrar su esperanza mesiánica al recordar el Salmo 118 (v.26), reconociendo a Jesús como rey, reconociendo su mesianidad, reconociendo su divinidad, dejando de lado la imagen del Mesías como siervo doliente, que vemos en la 1ª. Lectura y, más específicamente en Is 53 (vv. 1-11).

Los fariseos, conocedores de todos estos relatos, saben leer los acontecimientos y piden a Jesús que frene aquella manifestación mesiánica. Los altivos fariseos se saben incapaces de frenar aquella manifestación y reclaman a Jesús. Es la última vez que Lucas nombra a los fariseos, la respuesta a su petición determinará el dramatismo de la situación. El pueblo habla de paz y Jesús recuerda la destrucción, simbolizada en las piedras y en las connotaciones de "clamar" (cfr. Hab 2, 11-12).

Pretexto

En el inicio de la Semana Santa, ante los acontecimientos que nos esperan, este texto que nos habla de alegría, de gloria, de la esperanza del pueblo, y que gira dramáticamente en su último versículo nos plantea la pregunta sobre nuestra concepción del mesianismo de Jesús. Una cuestión que san Pablo nos ayuda a responder con su cántico de Filipenses (2, 11 ss.). ¿Quién es Jesús para mí? ¿Cómo reconozco su dignidad mesiánica? ¿Cómo me relaciono con Él? ¿Con quién me identifico en el relato?

Enrique Abad
enrique@dabar.es



Notas para la Homilía

“¿Un rey truncado?”

Es curioso el orden de las lecturas de hoy. Podríamos decir que en esta celebración vivimos una montaña emocional. Pasamos de la exaltación de la entrada al siervo doliente de Isaías, un mesías que pretende liberar soportando ultrajes y humillaciones. Pasamos a la muerte en cruz de Pablo y su exaltación junto al Padre al relato de la pasión.

Esta celebración, puerta de la semana santa, nos lleva a descubrir el auténtico sentido de la vida y el mesianismo de Jesús. Cómo lo vive él, cómo lo vivieron sus discípulos, cómo lo vivieron profetas anteriores a Él, cómo lo vivieron los cristianos después de Él, cómo lo vivimos nosotros.

El Mesías, el rey que el pueblo proclama, que entra en Jerusalén como lo había hecho el rey David, al que le alfombran el camino con mantos y palmas, tras varios vaivenes acaba muriendo en la cruz, poniendo especial cuidado en no ir más allá en el relato para no contarnos la resurrección que Pablo nos ha anunciado en su cántico de Filipenses. El principio y el final es lo que nos hace hablar de un rey truncado. El mesías acaba muriendo en la cruz. Ha vivido toda su vida como servicio, lo veremos en la celebración del Jueves, como autodonación. Ha vivido condenando las hipocresías, las imposiciones, las injusticias... y todo ello, solo le ha servido para ganarse enemigos, gente que malmetiendo, conseguirá su condena a muerte. Era su destino, asumir en sí mismo todos los pecados de la humanidad para redimirnos. Era su destino, como lo había anunciado Isaías, como la figura del siervo doliente que es capaz de asumir las culpas de otros y pagar por ellas para liberarnos a nosotros, consciente de que su sacrificio no quedaría sin recompensa. Consciente de que estaba cumpliendo la voluntad de Dios. Consciente de cuál sería el final de la película. Consciente de que vencería.

Un triunfo que se recoge, según mi modesta opinión, a la perfección en el

cántico de Pablo, que recoge en la carta a la comunidad de Filipos. Seguramente, construido a partir de himnos de la antigua liturgia, recoge magistralmente la misión de Jesús, cómo es capaz de asumir nuestra pobre naturaleza humana, cómo es capaz de llevar a cabo labores propias de un esclavo (como veremos este jueves), y cómo puede someterse a la pena capital más humillante y dolorosa, enfrentándose a una muerte por asfixia e inanición, tras un calvario plagado de torturas, y todo lo soporta por amor, el amor por llevar a cabo la voluntad de su Padre. El amor por toda la humanidad, no solo por nosotros sino por los hombres y mujeres de toda la historia, por todos los seres de la creación, redimiéndonos y librándonos de nuestras condenas a muerte. Abriéndonos las puertas a la vida.

Es normal, que el papa Francisco haya querido hacer de este año jubilar, el año de la Esperanza, del camino a la Esperanza. Porque si algo nos aporta Cristo es eso, esperanza. La esperanza de quienes confían plenamente en otro. La esperanza de que, compartiendo vida, camino, confianza con Él, Él nos hará partícipes de su condición de Hijo y podremos ser hijos en el Hijo, para así poder alcanzar un día esa vida en plenitud que Él disfruta junto al Padre, que le hace presente entre nosotros y que nos guía y orienta hacia el Padre.

Una esperanza que Jesús no perdió, una esperanza que le llevó a la resurrección y, más aún, a ocupar el trono que le corresponde por su entrega. Es el mismo Dios quien se ha entregado por nosotros.

Agustín Garcés
dabar@dabar.es

“Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino” (Lc 23,44)



Para reflexionar

En los días en los que me toca hacer este comentario, me toca explicar en clase los movimientos místico y ascético. Tal vez, por eso, me haya fijado en este fragmento. Como este Dimas, al enfrentarnos a las imágenes de Dios con las que nos relacionamos, al plantearnos qué tipo de mesianismo que Jesús quiso, o con el que cada uno de nosotros lo vemos, solo puedo buscar la misericordia de Dios. Sólo puedo admitir que no puedo amar como siento que me ama. Sólo puedo aceptar que por mucho que quiera cambiar y por mucho que haga, sólo la misericordia divina me permitirá o no gozar un día de su presencia. Por eso, me gustaría tener la confianza y la humildad del buen ladrón, y poder pedrile a Jesús que se acuerde de mí cuando esté en su reino. Sólo que se acuerde. No puedo pedirle más, soy consciente de mi condición pecadora. Sólo puedo confiar en su misericordia.

Esta semana es un gran momento para revivir los hitos más importantes de la vida de Jesús, aquellos que fundamentan mi fe. ¿Cómo me preparo? ¿Me esfuerzo por estudiar, por conocer, por orar, por celebrar, por vivir...? ¿Me quedo en la teatralidad y el folclore o lo trasciendo para descubrir su auténtico significado?

Para la oración

Padre bueno, haz que los que hoy nos reunimos para celebrar la entrada triunfal de Jesús, tu Hijo, como rey en Jerusalén estemos abiertos a tu acción transformadora en nosotros y podamos vivir en plenitud todos los acontecimientos de esta semana. PJNS.



Padre de bondad que en la muerte y resurrección de tu Hijo nos has mostrado un amor sin fin, permítenos vivir desde el servicio a los demás como lo hizo tu Hijo.



Padre, misericordioso, acepta este pan y este vino que te ofrecemos como signo de nuestro esfuerzo y trabajo. Te pedimos que los transformes junto a nuestras vidas para que cada vez nos parezcamos más a Él.



Siempre tenemos que darte gracias, Padre amoroso, por todo lo que haces por nosotros, Pero hoy, te agradecemos especialmente que nos envíases a tu Hijo, Jesús, que se manifestó como rey, como Mesías, pero que supo obedecerte para salvarnos. En esa obediencia nos amó hasta el punto de dar su vida por nosotros y nos enseñó a vivir desde la fraternidad, defendiendo la vida, luchando por la justicia y nos abrió las puertas hasta Ti. Por eso, con tus amigos y todos los que están contigo en el cielo, te cantamos...



Gracias, Padre, por habernos alimentado con este pan de vida, que nos da la fuerza para vivir esta semana de pasión y muerte. Permítenos que por su acción, podamos llegar con esperanza a la noche de la resurrección. PJNS.

Cantos

Bendición de Ramos y Procesión: Lauda Jerusalem (popular); Hosanna al Rey de los Cielos; Hosanna, Hosanna (Erdozain); Alabad al Señor (popular); Hosanna al Hijo de David (Palazón; Alcalde; Josico; Aragüés; Montgomery; o Rosas); Qué alegría cuando me dijeron; Alégrate y goza, Jerusalén (Palazón); Christus vincit; Los niños hebreos (Alcalde; Aragüés; Palazón; o Josico); Gloria, alabanza y honor (Alcalde; Palazón; Madurga; Josico; o, Estrella).

Salmo: Dios mío, de Cantalapiedra, o LdS.

Aclamación antes del Evangelio: Cristo por nosotros (Erdozain).

Lectura de la Pasión: Podrían intercalarse algunas breves aclamaciones, por ejemplo: Victoria, Perdona a tu pueblo, Por las calles de Jerusalén, Pedro te negó tres veces, ¿Dónde estabas cuando crucificaron a Jesús?, etc.

Ofertorio: ¿Cómo le cantaré al Señor? (Cantalapiedra); Ofrenda de amor (Fernández); Presentamos nuestros dones (Fuertes); Te ofrecemos (Aragüés):

Comunión: Beberemos la copa de Cristo; ¿Cómo pagarle al Señor? (M. Alonso); Cerca de ti, Señor; De la multitud con ramos (Erdozain); Padre, hágase tu voluntad (Muñoz).

Salida: María, madre del dolor (Kairoi); Dolorosa (Espinosa); Sola con tu soledad (Alcalde).

La misa de hoy

Bendición de los ramos

Con la alegría del pueblo, recibimos al rey de la gloria. Con la alegría del pueblo, portamos las palmas para alfombrar el camino. Con la alegría del pueblo, nos reunimos para celebrar la llegada del Señor. Pero Jesús también sabe obedecer a su Padre y no se echará atrás cuando llegue la cruz, por eso vive entre nosotros, su fidelidad fue recompensada con el trono definitivo. Esta celebración es el punto de partida de la semana grande de los cristianos, que culminará en la victoria definitiva en la noche del sábado, cuando las candelas iluminen nuestros templos, anunciando la resurrección de este que hoy entra como Rey en Jerusalén.

Saludo

Dios, Padre, que se ha hecho hombre por nuestra salvación; Jesucristo, su Hijo, que nos redime por la cruz; y, el Espíritu Santo, que habita en nuestros corazones llenándolos de alegría, estén con todos nosotros.

Acto penitencial (Si no hay procesión)

Con la misma confianza que Jesús tuvo en el plan de Dios, acudamos al Padre misericordioso para que por los méritos de su Hijo nos libre de nuestros pecados.

- Tú, que cumples la voluntad del Padre. Señor, ten piedad.

- Tú, que asumes tu muerte por amor. Cristo, ten piedad.

- Tú, que nos has redimido en la cruz. Señor, ten piedad.

Cristo nos ha liberado por su cruz y su resurrección. Se compadezca de nosotros y perdone nuestros pecados para poder compartir su mesa. Por el mismo Jesucristo, Señor nuestro.

Monición a la Primera lectura

En medio del exilio, las palabras de Isaías son un bálsamo para el pueblo. Este cántico del siervo doliente, le dice que, tras el sufrimiento, llegará la victoria, la gloria. Y, esta esperanza, le ayuda a soportar el tener que estar lejos de su tierra, derrotado, humillado. En ese siervo, vemos a Jesús, que tendrá que sufrir la muerte por la cruz, pero resucitará victorioso.

Salmo Responsorial (Sal 21)

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Al verme, se burlan de mí, hacen visajes, menean la cabeza: «Acudió al Señor, que lo ponga a salvo; que lo libre, si tanto lo quiere».

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Me acorrala una jauría de mastines, me cerca una banda de malhechores; me taladran las manos y los pies, puedo contar mis huesos.

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Se reparten mi ropa, echan a suertes mi túnica. Pero tú, Señor, no te quedes lejos; fuerza mía, ven corriendo a ayudarme.

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Contaré tu fama a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré. Fieles del Señor, alabadlo; linaje de Jacob, glorificadlo; temedlo, linaje de Israel.

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Monición a la Segunda Lectura

El cántico de Filipenses, seguramente de origen popular, alaba la figura de quien pudiendo serlo todo, renuncia a ello, asume nuestra condición humana para salvarnos, para cumplir la voluntad de Dios.

Monición a la Lectura Evangélica

El relato de la Pasión que hace Lucas nos habla de un hombre injustamente asesinado. Un hombre que afronta su destino, consciente de que está cumpliendo la voluntad de Dios Padre.

Oración de los fieles

Con la misma confianza con la que Jesús aceptó la voluntad del Padre, nosotros nos atrevemos a pedirle.

- En este año jubilar de la esperanza. Te pedimos que la Iglesia sea portadora de la esperanza para los más necesitados, para los que más sufre. Roguemos al Señor.

- Corren tiempos inciertos a nivel internacional. Te pedimos que los gobernantes de las naciones se rijan por el bien común y la justicia. Roguemos al Señor.

- El final de la cuaresma es tiempo propicio para la celebración de la reconciliación. Te pedimos que el amor de Dios inunde nuestros corazones y los prepare para conmemorar la celebración de la Cena del Señor. Roguemos al Señor.

- Jesús, realmente, es el rey del servicio. Te pedimos que también nuestras vidas se dediquen a la entrega y el servicio a los demás. Roguemos al Señor.

- Ya hemos comenzado la Semana Santa. Te pedimos que esta comunidad (parroquial) se esfuerce por buscar el bien y la solidaridad. Roguemos al Señor.

Escucha, Padre, nuestra oración porque en Ti confiamos. PJNS.

Despedida

Dispongamos nuestros corazones y nuestros sentidos para esta Semana, cargada de simbolismo y gestos, fructifique en nuestros corazones, en nuestras vidas y en las de todos que nos rodean.





Dios habla

Lecturas propuestas para la Liturgia

Domingo, 6 enero 2023, Año II, Ciclo A

Evangelio de la Procesión

LUCAS 19, 28-40

En aquel tiempo, Jesús echó a andar delante, subiendo hacia Jerusalén. Al acercarse a Betfagé y Betania, junto al monte llamado de los Olivos, mandó a dos discípulos, diciéndoles: «Id a la aldea de enfrente; al entrar, encontraréis un borrico atado, que nadie ha montado todavía. Desatadlo y traedlo. Y si alguien os pregunta: “¿Por qué lo desatáis?”, contestadle: “El Señor lo necesita”». Ellos fueron y lo encontraron como les había dicho. Mientras desataban el borrico, los dueños les preguntaron: «¿Por qué desatáis el borrico?» Ellos contestaron: «El Señor lo necesita». Se lo llevaron a Jesús, lo aparejaron con sus mantos y le ayudaron a montar. Según iba avanzando, la gente alfombraba el camino con los mantos. Y, cuando se acercaba ya la bajada del monte de los Olivos, la masa de los discípulos, entusiasmados, se pusieron a alabar a Dios a gritos, por todos los milagros que habían visto, diciendo: «¡Bendito el que viene como rey, en nombre del Señor! Paz en el cielo y gloria en lo alto». Algunos fariseos de entre la gente le dijeron: «Maestro, reprende a tus discípulos». Él replicó: «Os digo que, si éstos callan, gritarán las piedras».

Lecturas de la Misa

ISAÍAS 50, 4-7

Mi Señor me ha dado una lengua de iniciado, para saber decir al abatido una palabra de aliento. Cada mañana me espabila el oído, para que escuche como los iniciados. El Señor me abrió el oído. Y yo no resistí ni me eché atrás: ofrecí la espalda a los que me apaleaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no me tapé el rostro ante ultrajes ni salivazos. El Señor me ayuda, por eso no sentía los ultrajes; por eso endurecí el rostro como pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado.

FILIPENSES 2, 6-11

Cristo, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el «Nombre sobre todo nombre»; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.



LUCAS 22,14-23,56

C. Llegada la hora, se sentó Jesús con sus discípulos y les dijo:

‡. «He deseado enormemente comer esta comida pascual con vosotros, antes de padecer, porque os digo que ya no la volveré a comer, hasta que se cumpla en el reino de Dios».

C. Y, tomando una copa, pronunció la acción de gracias y dijo:

‡. «Tomad esto, repartidlo entre vosotros; porque os digo que no beberé desde ahora del fruto de la vid, hasta que venga el reino de Dios».

C. Y, tomando pan, pronunció la acción de gracias, lo partió y se lo dio, diciendo:

‡. «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros; haced esto en memoria mía».

C. Después de cenar, hizo lo mismo con la copa, diciendo:

‡. «Esta copa es la nueva alianza, sellada con mi sangre, que se derrama por vosotros. Pero mirad: la mano del que me entrega está con la mía en la mesa. Porque el Hijo del hombre se va, según lo establecido; pero ¡ay de ése que lo entrega!»

C. Ellos empezaron a preguntarse unos a otros quién de ellos podía ser el que iba a hacer eso. Los discípulos se pusieron a disputar sobre quién de ellos debía ser tenido como el primero. Jesús les dijo:

‡. «Los reyes de las naciones las dominan, y los que ejercen la autoridad se hacen llamar bienhechores. Vosotros no hagáis así, sino que el primero entre vosotros pórtese como el menor, y el que gobierne, como el que sirve. Porque, ¿quién es más, el que está en la mesa o el que sirve? ¿Verdad que el que está en la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve. Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas, y yo os transmito el reino como me lo transmitió mi Padre a mí: comeréis y beberéis a mi mesa en mi reino, y os sentaréis en tronos para regir a las doce tribus de Israel».

C. Y añadió:

‡. «Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para cribaros como trigo. Pero yo he pedido por ti, para que tu fe no se apague. Y tú, cuando te recobres, da firmeza a tus hermanos».

C. Él le contestó:

S. «Señor, contigo estoy dispuesto a ir incluso a la cárcel y a la muerte».

C. Jesús le replicó:

‡. «Te digo, Pedro, que no cantará hoy el gallo antes que tres veces hayas negado conocerme».

C. Y dijo a todos:

‡. «Cuando os envié sin bolsa, ni alforja, ni sandalias, ¿os faltó algo?»

C. Contestaron:

S. «Nada»

C. El añadió:

‡. «Pero ahora, el que tenga bolsa que la coja, y lo mismo la alforja; y el que no tiene espada, que venda su manto y compre una. Porque os aseguro que tiene que cumplirse en mí lo que está escrito: "Fue contado con los malhechores". Lo que se refiere a mí toca a su fin.»

C. Ellos dijeron:

S. «Señor, aquí hay dos espadas».

C. Él les contestó:

‡. «Basta».

C. Y salió Jesús, como de costumbre, al monte de los Olivos, y lo siguieron los discípulos. Al llegar al sitio, les dijo:

‡. «Orad, para no caer en la tentación».



C. Él se arrancó de ellos, alejándose como a un tiro de piedra y, arrodillado, oraba, diciendo:

‡. «Padre, si quieres, aparta de mí ese cáliz; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya».

C. Y se le apareció un ángel del cielo, que lo animaba. En medio de su angustia, oraba con más insistencia. Y le bajaba hasta el suelo un sudor como de gotas de sangre. Y, levantándose de la oración, fue hacia sus discípulos, los encontró dormidos por la pena, y les dijo:

‡. «¿Por qué dormís? Levantaos y orad, para no caer en la tentación».

C. Todavía estaba hablando, cuando aparece gente; y los guiaba el llamado Judas, uno de los Doce. Y se acercó a besar a Jesús. Jesús le dijo:

‡. «Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?»

C. Al darse cuenta los que estaban con él de lo que iba a pasar, dijeron:

S. «Señor, ¿herimos con la espada?»

C. Y uno de ellos hirió al criado del sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha. Jesús intervino, diciendo:

‡. «Dejadlo, basta».

C. Y, tocándole la oreja, lo curó. Jesús dijo a los sumos sacerdotes y a los oficiales del templo, y a los ancianos que habían venido contra él:

‡. «¿Habéis salido con espadas y palos, como a caza de un bandido? A diario estaba en el templo con vosotros, y no me echasteis mano. Pero ésta es vuestra hora: la del poder de las tinieblas».

C. Ellos lo prendieron, se lo llevaron y lo hicieron entrar en casa del sumo sacerdote. Pedro lo seguía desde lejos. Ellos encendieron fuego en medio del patio, se sentaron alrededor, y Pedro se sentó entre ellos. Al verlo una criada sentado junto a la lumbre, se lo quedó mirando y dijo:

S. «También éste estaba con él».

C. Pero él lo negó, diciendo:

S. «No lo conozco, mujer».

C. Poco después lo vio otro y le dijo:

S. «Tú también eres uno de ellos».

C. Pedro replicó:

S. «Hombre, no lo soy».

C. Pasada cosa de una hora, otro insistía:

S. «Sin duda, también éste estaba con él, porque es galileo».

C. Pedro contestó:

S. «Hombre, no sé de qué me hablas».

C. Y, estaba todavía hablando, cuando cantó un gallo. El Señor, volviéndose, le echó una mirada a Pedro, y Pedro se acordó de la palabra que el Señor le había dicho: «Antes de que cante hoy el gallo, me negarás tres veces». Y, saliendo afuera, lloró amargamente. Y los hombres que sujetaban a Jesús se burlaban de él, dándole golpes. Y, tapándole la cara, le preguntaban:

S. «Haz de profeta; ¿quién te ha pegado?»

C. Y proferían contra él otros muchos insultos. Cuando se hizo de día, se reunió el senado del pueblo, o sea, sumos sacerdotes y escribas, y, haciéndole comparecer ante su Sanedrín, le dijeron:

S. «Si tú eres el Mesías, dínoslo».

C. Él les contestó:

‡. «Si os lo digo, no lo vais a creer; y si os pregunto, no me vais a responder. Desde ahora, el Hijo del hombre estará sentado a la derecha de Dios todopoderoso».

C. Dijeron todos:

S. «Entonces, ¿tú eres el Hijo de Dios?»

C. Él les contestó:

‡. «Vosotros lo decís, yo lo soy».

C. Ellos dijeron:

S. «¿Qué necesidad tenemos ya de testimonios? Nosotros mismos lo hemos oído de su boca».

C. Se levantó toda la asamblea, y llevaron a Jesús a presencia de Pilato. Y se pusieron a acusarlo, diciendo:

S. «Hemos comprobado que éste anda amotinando a nuestra nación, y oponiéndose a que se paguen tributos al César, y diciendo que él es el Mesías rey».

C. Pilato preguntó a Jesús:

S. «¿Eres tú el rey de los judíos?»

C. Él le contestó:

‡. «Tú lo dices».

C. Pilato dijo a los sumos sacerdotes y a la gente:

S. «No encuentro ninguna culpa en este hombre».

C. Ellos insistían con más fuerza, diciendo:

S. «Solivianta al pueblo enseñando por toda Judea, desde Galilea hasta aquí».

C. Pilato, al oírlo, preguntó si era galileo; y, al enterarse que era de la jurisdicción de Herodes, se lo remitió. Herodes estaba precisamente en Jerusalén por aquellos días. Herodes, al ver a Jesús, se puso muy contento; pues hacía bastante tiempo que quería verlo, porque oía hablar de él y esperaba verle hacer algún milagro. Le hizo un interrogatorio bastante largo; pero él no le contestó ni palabra. Estaban allí los sumos sacerdotes y los escribas acusándolo con ahínco. Herodes, con su escolta, lo trató con desprecio y se burló de él; y, poniéndole una vestidura blanca, se lo remitió a Pilato. Aquel mismo día se hicieron amigos Herodes y Pilato, porque antes se llevaban muy mal. Pilato, convocando a los sumos sacerdotes, a las autoridades y al pueblo, les dijo:

S. «Me habéis traído a este hombre, alegando que alborota al pueblo; y resulta que yo lo he interrogado delante de vosotros, y no he encontrado en este hombre ninguna de las culpas que le imputáis; ni Herodes tampoco, porque nos lo ha remitido: ya veis que nada digno de muerte se le ha probado. Así que le daré un escarmiento y lo soltaré».

C. Por la fiesta tenía que soltarles a uno. Ellos vociferaron en masa, diciendo:

S. «¡Fuera ése! Suéltanos a Barrabás».

C. A éste lo habían metido en la cárcel por una revuelta acaecida en la ciudad y un homicidio. Pilato volvió a dirigirles la palabra con intención de soltar a Jesús. Pero ellos seguían gritando:

S. «¡Crucifícalo, crucifícalo!»

C. Él les dijo por tercera vez:

S. «Pues, ¿qué mal ha hecho éste? No he encontrado en él ningún delito que merezca la muerte. Así es que le daré un escarmiento y lo soltaré.»

C. Ellos se le echaban encima, pidiendo a gritos que lo crucificara; e iba creciendo el griterío. Pilato decidió que se cumpliera su petición: soltó al que le pedían (al que había metido en la cárcel por revuelta y homicidio), y a Jesús se lo entregó a su arbitrio. Mientras lo conducían, echaron mano de un cierto Simón de Cirene, que volvía del campo, y le cargaron la cruz, para que la llevase detrás de Jesús. Lo seguía un gran gentío del pueblo, y de mujeres que se daban golpes y lanzaban lamentos por él. Jesús se volvió hacia ellas y les dijo:

‡. «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos, porque mirad que llegará el día en que dirán: “Dichosas las estériles y los vientres que no han dado a luz y los pechos que no han criado.” Entonces empezarán a decirles a los montes: “Desplomaos sobre nosotros”, y a las colinas: “Sepultadnos”; porque, si así tratan al leño verde, ¿qué pasará con el seco?»



C. Conducían también a otros dos malhechores para ajusticiarlos con él. Y, cuando llegaron al lugar llamado «La Calavera», lo crucificaron allí, a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía:

‡. «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

C. Y se repartieron sus ropas, echándolas a suerte. El pueblo estaba mirando. Las autoridades le hacían muecas, diciendo:

S. «A otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si él es el Mesías de Dios, el Elegido».

C. Se burlaban de él también los soldados, ofreciéndole vinagre y diciendo:

S. «Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo».

C. Había encima un letrero en escritura griega, latina y hebrea: «Éste es el rey de los judíos». Uno de los malhechores crucificados lo insultaba, diciendo:

S. «¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros».

C. Pero el otro le increpaba:

S. «¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en el mismo suplicio? Y lo nuestro es justo, porque recibimos el pago de lo que hicimos; en cambio, éste no ha faltado en nada».

C. Y decía:

S. «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino».

C. Jesús le respondió:

‡. «Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso».

C. Era ya eso de mediodía, y vinieron las tinieblas sobre toda la región, hasta la media tarde; porque se oscureció el sol. El velo del templo se rasgó por medio. Y Jesús, clamando con voz potente, dijo:

‡. «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu».

C. El centurión, al ver lo que pasaba, daba gloria a Dios, diciendo:

S. «Realmente, este hombre era justo».

C. Toda la muchedumbre que había acudido a este espectáculo, habiendo visto lo que ocurría, se volvía dándose golpes de pecho. Todos sus conocidos se mantenían a distancia, y lo mismo las mujeres que lo habían seguido desde Galilea y que estaban mirando. Un hombre llamado José, que era senador, hombre bueno y honrado (que no había votado a favor de la decisión y del crimen de ellos), que era natural de Arimatea, pueblo de Judea, y que aguardaba el reino de Dios, acudió a Pilato a pedirle el cuerpo de Jesús. Y, bajándolo, lo envolvió en una sábana y lo colocó en un sepulcro excavado en la roca, donde no habían puesto a nadie todavía. Era el día de la Preparación y rayaba el sábado. Las mujeres que lo habían acompañado desde Galilea fueron detrás a examinar el sepulcro y cómo colocaban su cuerpo. A la vuelta, prepararon aromas y ungüentos. Y el sábado guardaron reposo, conforme al mandamiento.

